

Oneiropatía pragmática

En aquel entonces yo era profesor en la Universidad, y sufría de un insomnio persistente y tenaz. No lo sabía, pero ese ya era el principio de mi enfermedad. Pasaba noches eternas dando vueltas en la cama, mirando el techo, peleando contra las sábanas, y luego días enteros transitando el mundo como un muerto viviente, inmóvil y aletargado, incapaz de leer, incapaz de pensar. Vivía en una especie de neblina y observaba la existencia de lejos, como una película de mi propia vida, algo que le sucedía a alguien más. La textura de las cosas se volvió etérea y aterciopelada, y empezó a sentirse frágil, como si la realidad estuviera siempre a un paso de fracturarse.

Desarrollé hábitos, rutinas bien definidas. La rutina es el primer remedio al que uno recurre para aliviar esta condición, porque la regularidad y la repetición permiten agarrarse de algo. Ayudan a convencerse a sí mismo de la solidez de las cosas. Bebía café en las mañanas, dormitaba en el autobús, impartía un curso sobre cine expresionista alemán frente a una multitud de rostros atarantados, y en las tardes volvía a casa, a cabecear en el sofá con el ruido de fondo del televisor. Vivía en una duermevela constante, incapaz de conciliar el sueño a pesar del peso de mis párpados y el ardor en mis ojos, así como del cansancio abrumador que sentía en cada extremidad.

Un día, empecé a recordar mis sueños. A pesar de que no dormía, irrumpían en mi memoria imágenes fragmentarias, destellos de momentos inconclusos que recordaba con una intensidad y un detalle que mi propia cotidianidad no tenía, y si retomaba el hilo de un sueño podía recordar las tramas enrevesadas de vivencias paralelas que se perdían en pasados distantes: eventos traumáticos de alguna infancia ficticia, fiestas de cumpleaños que jamás sucedieron, conversaciones, amistades o incluso largas

relaciones de amor con gente que nunca existió. Tenía sueños vividos que parecían durar meses, o años, y cada vez que despertaba se volatilizaban mundos enteros de los cuales no se podía traer nada de vuelta más que esos recuerdos fragmentarios pero dolorosamente nítidos.

El momento en el que uno empieza a recordar lo que sueña es cuando llega el verdadero insomnio. Y es que los que recuerdan sus sueños ya no vuelven a dormir nunca más; solo navegan de una realidad a otra, sin descanso. Lo peor no fue cuando intenté hacer el recuento de mi pasado y me di cuenta de que mis recuerdos se estaban esfumando, sino cuando mis sueños empezaron a imitar a mi realidad cotidiana. Vivía días enteros de transporte y clases magistrales y corrección de ensayos, y cuando llegaba la noche y cerraba los ojos, despertaba a media tarde, con la conciencia de que todo el día anterior había sido un visión que había durado algunos segundos, o minutos quizá. O cabeceaba en clase, tan solo un momento, y soñaba con estar tirado en la cama durante horas enteras, incapaz de dormir.

Al principio, mis costumbres y rutinas me permitían identificar lo que yo llamaba el «tiempo 0»: la realidad cotidiana. Pero eso se acabó muy rápido. Ahora ya no creo que exista tal cosa. «Realidad» solo es la palabra que la gente usa para referirse a su sueño más persistente. Durante mucho tiempo, mi alucinación recurrente fue la de ser un profesor de universidad, pero con el paso de los meses, otras empezaron a tomar la iniciativa. Una de las más persistentes era la que yo llamaba el «campo de trabajo». Cerraba los ojos después de un día laborioso en la facultad, y me veía transportado a un terreno baldío. No era la primera vez que llegaba ahí. Las circunstancias nunca eran claras, o eran distintas cada vez, pero siempre me daban una pala y me encomendaban la tarea de escarbar una tierra gris que debía tirar en un hueco que alguien más (quizá yo mismo) había excavado antes. Era una tarea absurda, ardua y repetitiva, que no tenía ninguna finalidad porque no tenía ningún propósito, tampoco. No quedaba claro si mi tarea era excavar un hueco o rellenar el siguiente. En el sueño, sé que soy un esclavo y que este es mi castigo, aunque otras veces intuyo que soy algo parecido a un paciente en un hospital, y con esta actividad esperan curarme. Escarbo y saco la tierra descolorida y arenosa de un hoyo para rellenar el siguiente, y cuando caigo rendido por el cansancio abro los ojos y sé que estoy en mi cama intentando dormir sin realmente lograrlo, soñando otra vez con el campo de trabajo en el cual he estado tantas veces ya, dándome cuenta de que esa neblina espesa que se ve en el sueño es el mismo polvo gris y ligero como ceniza que se levanta y flota en el aire, y más allá de la neblina se discierne la luz del sol entrando por la ventana, la pelusa suspendida en la atmósfera inerte del cuarto, y yo estoy exhausto porque otra vez he pasado la noche entera escarbando cenizas e intentando sin éxito conciliar el sueño. Me arden los ojos por el cansancio, y cuando los cierro estoy de vuelta en el campo de trabajo, y los tengo llenos de arena.

A veces siento que ese lugar, ese campo de trabajo oscuro y nebuloso es algún rincón olvidado del infierno o el purgatorio, un lugar en donde me corresponde cumplir una condena eterna escarbando la tierra estéril. A mi alrededor discierno vagas presencias que interpreto como

guardianes o encargados, pero nunca percibo sus rostros, como si no fueran nadie, o como si fuera imposible ser alguien ahí.

Esa visión es tan frecuente que a veces pienso que mi realidad es aquel campo de trabajo, y que cuando ahí caigo extenuado, alucino la existencia cíclica y monótona de un profesor de universidad. Cada vez me cuesta más diferenciar entre el sueño y el despertar. Se confunden y se intercambian, y he llegado a la conclusión de que no hay razón válida para considerarlos distintos. He dejado de preocuparme por determinar qué partes de mi experiencia son sueños, y cuáles son la realidad. Todo forma parte de un continuo. Ahora creo que la lucidez en la vigilia es darse cuenta de que uno está soñando, incluso cuando está despierto.

Así comenzó mi enfermedad del sueño, y ya no estoy seguro de cuánto tiempo ha transcurrido desde entonces. He perdido el hilo del tiempo. Es el lote común de los que sueñan, y por lo tanto dejan de dormir: el tiempo deja de ser lineal. A veces intento seguir una línea temporal e irremediablemente me cruzo con otras que la cortan e interrumpen. La realidad es un trenzado de líneas de tiempo, un nudo de recuerdos, como un plato de espagueti, y olvidar los sueños es la manera más sencilla que tenemos para defender nuestra cordura; pero yo he olvidado cómo olvidar. Esa es mi aflicción.

Quise elaborar un mapa, una guía para moverme por entre los sueños sin perderme, y empecé por escribir los recuerdos de mis distintas vidas. Necesitaba dejar plasmado lo que me sucedía antes de que el olvido —el gran enemigo de los que sueñan— terminara por ganarme la batalla de nuevo. Pero la memoria del soñador es traicionera. Llegaba a mi casa y todo en ella era distinto: la decoración, la disposición de los muebles, incluso la vista desde la ventana, y me affigía comprender que, aunque notaba con inquietud las transformaciones de mi mundo cotidiano, *el departamento siempre había sido así*. Uno intenta escribir para fijar la realidad y los recuerdos, pero la textura del mundo es bromista e inconstante. Incluso las palabras que uno escribe son distintas cuando uno las vuelve a leer. Nada se está quieto, nada se mantiene fijo.

Decidí buscar ayuda y consultar a un mediador externo con la realidad. Consideré recurrir a un lama tibetano, y más tarde a una curandera arhuaca, pero tras hacer las averiguaciones pertinentes, encontré al doctor Greenberg, un siquiatra especialista en desórdenes del sueño que tuvo una inmediata fascinación por mi condición, a la cual se refería como *oneiropatía pragmática*: una rara lesión del aparato para soñar, que conlleva consecuencias catastróficas e irreversibles para la cohesión de la realidad ordinaria. Nuestras sesiones eran diarias y con frecuencia superaban una duración de dos, o incluso tres horas. Recuerdo la neblina afuera de la ventana del Instituto de Ciencias Oníricas, mientras discurríamos con tal intensidad que volvía a mi casa febril, pensando en las palabras de mi médico y en mi extraña aflicción. Anotaba, reconstruía, analizaba y prolongaba aquellos intercambios en mi cabeza, obsesionado.

Entonces empezaron los sueños recurrentes en los cuales asistía a largas sesiones de sicoanálisis con un hombre de barba gris y ojos fríos que me instaba a contarle los fragmentos de vidas que se inmiscuían entre los resquicios de mi insomnio.

–Vuélvame a contar– decía–, ese sueño suyo que se repite...

–¿Cuál de todos? – le preguntaba–, ¿se refiere al del campo de trabajo, donde me veo obligado a escarbar un hueco para rellenar otro?

–No– decía el doctor–, cuénteme su *otro* sueño, el sueño en el que se encuentra usted atrapado *ahora mismo*.

–Ya veo– le digo–, se refiere usted al sueño del profesor de universidad atrapado en una vida plagada por el aburrimiento, condenado al ciclo incesante que alterna entre el transporte, el trabajo y la incapacidad de dormir...

–No exactamente– respondía el doctor–. El sueño que me interesa es otro, es aquel en el que usted es un hombre incapaz de escapar del bucle cíclico de su propia realidad...

–¿Se refiere usted al sueño en el que lo veo a usted, doctor, hablándome de la cualidad onírica e irracional del instante presente?

De esa forma íbamos pelando las capas, intentando llegar a un núcleo en el que Greenberg imaginaba que encontraría mi «verdadera realidad»: una lucidez absoluta. Vivía escenas delirantes en las cuales este personaje central de mis sueños intentaba hacerme notar que estaba soñando, y siempre terminábamos hablando del momento presente y volviendo a empezar. El doctor me pedía que hiciera de nuevo el recuento de mis vivencias, y volvía a sugerir un tratamiento a base de hipnosis para curar mi aflicción.

Era tal mi desesperación por encontrar una cura que acepté la hipnoterapia, y descubrí con horror que el doctor Greenberg tenía la intención de curar mi delirio a base de un régimen de «inmersión terapéutica»; un método que consistía en obligarme a enfrentar mis pesadillas sumergiéndome en ellas una y otra vez. Me hacía revivir nuestras sesiones de psicoterapia, mis ataques de insomnio con el ruido de fondo de la televisión, trayectos de autobús a la facultad, así como el acto de escarbar la fina polvareda, de hacer un hueco para rellenar el anterior, sin descanso. Sufría el tratamiento como una tortura, pero confiaba en el doctor, que aseguraba que mi caso era grave y requería de medidas drásticas, y que insistía en los posibles beneficios que podía tener un periodo interno en el Instituto de Ciencias Oníricas bajo su atenta supervisión.

Asigné a un suplente para mi puesto en la universidad y acepté volverme un paciente externo el instituto. Es decir, al principio era libre de ir y venir entre la clínica y mi residencia, aunque con el tiempo me volvía cada vez más ajeno a mi apartamento, reconocía menos sus contenidos y la disposición de sus cuartos y pasillos, mientras que el sanatorio me parecía más familiar, y mis estancias como interno se hacían más frecuentes y prolongadas. Como era natural, empecé a soñar con el hospital, y mi caso no hizo más que empeorar con los meses.

He pasado ya mucho tiempo rodeado de los mismos rostros inermes y atarantados de los otros pacientes, de unos enfermeros con impecables modales, y de doctores que no se cansan de repetirme que estoy loco. Quizá lo estoy. Es cierto que cuando cierro los ojos e intento dormir, siempre vuelvo aquí, al manicomio. Pero a veces creo que, de hecho, soy el único lúcido en este lugar. Soy el único que sabe que está soñando. Quizá los locos son ellos, o quizá ellos ni

siquiera existen. Ya no estoy seguro de si la gente en los sueños existe, si son proyecciones de mi propia mente, o si son otros soñadores que se encuentran en un mismo sitio, y que no saben que están soñando. La otra gente nunca me ha parecido real. Tal vez lo sean; es difícil saberlo. Tampoco sé, por otro lado, si yo mismo soy real, si los recuerdos que tengo realmente son míos, ni quién es aquel al que me refiero cuando hablo de «mí mismo», más allá de este ser que viaja entre un sueño y el siguiente.

En el hospital, soñaba con ser un maestro universitario. Es natural, decía Greenberg, soñar con otras épocas, sobre todo si son recientes y uno siente nostalgia por ellas. Yo no sé si siento nostalgia por esa etapa que ahora me parece tan distante, y que cuando la vivía me parecía infernal, pero sí sé que mi vida de profesor nunca fue tan real como lo es ahora. Las cátedras han cambiado, incluso creo que ha cambiado mi especialidad; ya no es el expresionismo en el cine alemán sino las corrientes migratorias del hombre de Cro-Magnon por Eurasia (quizá *siempre lo fue*, quizá el expresionismo alemán solo fue un sueño distante que tuve alguna vez), y recuerdo mis conferencias con tal nitidez que puedo repetírselas de memoria a los otros pacientes, y cuando lo hago, en sus expresiones pasmadas reconozco los rostros de mis viejos alumnos, y ya no sé si les puse a ellos las caras de los internos, o si a los internos les pongo las caras de los estudiantes.

Greenberg insiste en seguir hipnotizándome. Una y otra vez me sumerge en ese estado alucinatorio en el que revivo las visiones que me atormentan, y cuando vuelvo al despacho y me arrastro por la alfombra para rogarle que se detenga, me asegura que esta es la única manera de curarme. Es un experimento aberrante, un suplicio inhumano. Este lugar me hace pensar en un campo de concentración, en el cual un médico sin compasión ni respeto por la dignidad humana juega con las tuercas de mi cerebro averiado, aflojándolas y apretándolas arbitrariamente para su propio goce, y empiezo a sospechar que esta clínica es la antesala del campo de trabajo.

Cuando me asomo por la ventana e intento discernir lo que hay más allá de la espesa neblina que se forma afuera del despacho, el doctor sugiere que podría resultarme de un alto valor terapéutico realizar, despierto, el mismo acto repetitivo y absurdo que recurre en mis sueños, y me informa que en la parte de atrás del hospital hay un terreno baldío con una tierra seca y polvorosa que es perfecta para este propósito. Me sacan de la clínica, me llevan a la parte de atrás. Ahí, por razones que por siempre me resultarán inexplicables, hay un campo baldío, y entre la densa nube de polvo ceniciento se distinguen huecos en la tierra, unos junto a otros. Cuando me pregunto quién puede haber excavado los demás huecos, recuerdo que esta no es la primera vez que vengo a este lugar: yo ya he estado aquí muchas veces. Me dan una pala, y me ordenan que escarbe. Me dicen que un poco de ejercicio y de aire fresco no me harán daño, me aseguran que esta es la única manera de curarme, de «reconciliarme con la realidad».

Así que escarbo, y a veces caigo extenuado por el trabajo y abro los ojos en una cama, en una estancia luminosa de un departamento al sur de la ciudad. Por lo general solo experimento el momento del despertar, esos primeros instantes en los cuales uno aún no sabe bien quién

es. Cuando dejo que transcurra el tiempo, recuerdo vagamente ser un profesor de universidad enfermo de insomnio, pero no me da tiempo de levantarme; solo veo el sol entrando por la ventana, los patrones de las cobijas, y las finas partículas de polvo flotando en el aire. Es una visión idílica y siempre demasiado efímera, de la cual despierto de vuelta en el terreno baldío, con las extremidades entumidas y los ojos ardientes por el polvo y la arena.

Estoy atorado en un limbo, o un infierno; o por lo menos ese es mi sueño más persistente. El verdadero infierno es algo como esto: es estar atrapado en un bucle cíclico, monótono y extenuante, repitiendo las mismas acciones absurdas y sin propósito una y otra vez, sin poder jamás descansar. Intento identificar a los demonios que me atormentan, pero nunca veo sus rostros. Son personajes en un sueño: estudiantes perplejos, pacientes hebefrénicos, doctores de barba gris y ojos fríos. No encuentro a nadie ahí, más que mí mismo. ¿Qué diferencia hay, me pregunto, entre un hombre condenado al infierno y el que sueña con estarlo cada vez que cierra los ojos, o los vuelve a abrir? No creo que la haya realmente.

A veces escarbo en las montañas de ceniza a pérdida de vista, y no puedo evitar preguntarme de dónde sale, por qué hay tanta que al caminar me hundo en ella hasta las rodillas, por qué parece que siempre hay más y que nunca llegaré a la tierra sólida que hay debajo, y he llegado a pensar que quizá esta es la ceniza de los otros mundos que se incineran y volatilizan cuando despierto, y que mi condena es escarbar en las ruinas de una realidad para intentar llenar los huecos de la siguiente. Yo ya lo sospechaba: cada existencia es distinta, pero todas se tocan; son simultáneas, intercambiables. Forman parte de un continuo único, y yo soy el que las conecta. Soy el viajero que transita de un despertar al siguiente, y recorre un circuito urobórico que regresa a su propio origen. Haber creído que el mundo era una entidad sólida, un objeto tangible capaz de sostenerse por sí solo y sobrevivir a las mareas del dormir y del despertar solo era una mentira reconfortante que me repetía a mí mismo para guardar la cordura, y que ya carece de cualquier utilidad.

No sé por qué me sucede esto a mí; quizá esto es un castigo por haber aceptado una vida plana y estéril, por haberme olvidado de soñar y anhelar durante tanto tiempo que algo en mí se fracturó. Quizá estoy loco, como aseguran los habitantes de mis sueños. Me parece cómodo por parte de una alucinación pretender que uno está loco, aunque puede suceder. Quizá no son ellos los personajes de mi sueño, sino yo un personaje insignificante del suyo, y esto es lo que pasa cuando uno habita el paisaje de fondo en el sueño de alguien más; no lo sé. Solo sé que necesito dejar señales, una serie de advertencias para evitarle las trampas comunes a los que, como yo, se lesionan el aparato para soñar, y enferman de la realidad. Pero cuando despierte, ¿a dónde irán a dar estas palabras? Lo único que queda de una existencia en la siguiente es un polvo suspendido en el aire, parecido a las cenizas. Solo ahí se podrá leer mi mensaje.

Pobre de la realidad; siempre fue el órgano más frágil de mi cuerpo. **C**